

¿Qué cuentas tengo yo con eso? decía la beata: dejemos que sea cierto lo que V. dice, que eso, quien sabe; pero yo aténgome á lo que me enseñaron mis abuelos, y santas pascuas.

Cada vez que hablaba la tia Doña María, reian mas todos aquellos señores, viendo el empeño que el coronel tenia en desimpresionarla de sus errores, y la tenacidad con que ella se resistia, correspondiendo las instrucciones con sandeces.

Enfadado de estas mi tutor, varió conversacion: sacaron chocolate, dulce y agua, y concluido el refresco, se despidió la beata, diciendo que ya era la oracion, y que una muger en la calle sola y de noche estaba muy expuesta.

No pudieron contener la carcajada de risa los concurrentes oyendo que la triste vieja pensaba que aun tenia riesgos que temer en la calle. Doña Eufrosina y su hermana la detuvieron sin mucha dificultad: ella se retiró á una recámara á rezar sus devociones: las visitas parlaron un poco mas sobre diversos asuntos, y se despidieron: el coronel, D. Dionisio y las señoras se pusieron á jugar una malilla mientras era hora de cenar, y las dos niñas se

fueron á platicar lo que sabrá el lector en el capítulo que sigue.

CAPITULO III.

En el que se refiere la conversacion de las dos niñas, y se descubren los formidables espectros que asustaron á la tímida Quijotita.

Muy inquieta estaba Pudenciana mientras asistió á la conversacion de sus mayores: rabiaba por bullir á Pomposa acerca de la nueva vida que habia entablado; pero aunque gustaba de oirla delirar, la temia un poco, porque Pomposa no era boba y habia leído mucho, aunque sin orden ni eleccion; pero le sobraba lábia para aturdir á los ménos avisados; y así me nombró por su defensor *in pectore*, y cuando se fueron las dos solas, me hizo seña que la siguiera. Yo cumplí su gusto con prontitud porque tenia complacencia en oir las producciones do Pomposa.

Luego que estuvimos solos, dijo Pudenciana á su prima: ¿Conque, niña, cuéntame: ¿cómo te ha ido de espanto? Fatalmente, hermana: ¿cómo quieres que me vaya? ¿Te parece cosa de juguete ver al diablo? —Ya se ve que no; ¡pero qué tú lo viste?

—Toma si lo ví, y todo entero. ¡Ay, qué feo será!—Endemoniado, niña. Miralo tú con su cabeza de cochino, sus cuernos de toro, sus zancas de chivo y su rabo de mono.—Muy despacio lo estuviste mirando segun la descripcion que me haces.—Apénas lo ví en un abrir y cerrar de ojos; porque luego luego me envolví la cabeza, y comencé á gritar á papá con todas mis fuerzas; pero en aquel instante se me quedó en la imaginacion su abominable figura del modo que te la he pintado.—Ya se ve, prima, y como tú eres viva, fué fácil que se te quedara en la imaginacion, y mas que, segun nos contó tia María, lo viste otra noche.—¡Ay, niña! ojalá y no lo hubiera visto; y luego para rematar la cosa, ya te contarian lo de los golpes que oí en mi cabecera, que no sé como no me he vuelto loca del susto. Y con razon, niña, decia Pudenciana; pero mira, esos golpes tal vez los darian en la vecindad de atrás.—Qué vecindad ni qué nada, si la pared de esa recámara cae al patio del meson, donde no hay gente ni puede haberla, y mucho ménos á tal hora.—Pues siendo así, prima, ¿á qué podrémos atribuir esos espantos?—Ay, hermana de

mi alma: ¿á qué los hemos de atribuir sino á avisos y particulares inspiraciones del cielo? Así lo juzgó mamá, y yo tambien.

Puede ser así, decia Pudenciana, y eso creo que se conoce mejor por los efectos, segun dice mi padre.—Pues si en eso se conoce, avisos han sido, y muy seguros; porque ha sido tal el susto que hemos llevado, que ya no queremos prestarnos á los alborotos del mundo. Mi madre y yo nos hemos ido á confesar: las tertulias de casa se han suspendido, y yo he reformado mi traje y mi vida enteramente.

Yo me alegro, hermana, de esa mudanza de costumbres tan repentina. Lo que le has de pedir á Dios, es la perseverancia; porque suelen algunas conversiones como la tuya ser solo llamaradas de petate, que tan pronto se encienden como se apagan.—Asi serán; pero la mia no es de esas, gracias á Dios. Cada dia me siento mas robusta para seguir el camino de la virtud. ¡Mas quién no lo ha de seguir, al considerar que esta triste vida no es otra cosa sino una cadena de desgracias que nos rodea por todas partes? ¿Qué son los placeres del mundo sino aparentes bu-

gías que nos deslumbran para no ver las eternas verdades? Las mayores satisfacciones que tú y yo podemos apetecer en nuestra edad, qué son sino unos encantos tan lisonjeros como vanos? Es verdad que sus apariencias son brillantes, pero su resplandor es de oropel sin una gota de sólido valor: y si no, advierte, Pudenciana, si todos los dones de la naturaleza y la fortuna, reunidos en una sola persona, serán capaces de proporcionarle aquella sólida felicidad á que aspira su corazón, si este no se halla tranquilizado con la gracia.

Todo lo tuvo Salomon, juventud, hermosura, salud, riquezas, talento, poder y una multitud de bellezas que lo adornaban. ¿Quién debia juzgarse mas feliz entre los mortales? Todos lo tenían por tal, ménos él mismo que registraba su corazón, y hallándolo desabrido en el centro de los placeres, hubo de conocer que todos ellos eran vanidad de vanidades, tormentos y afliccion del espíritu.

Pues si esto pasó á Salomon, ¿qué deberé yo esperar cuando estoy tan distante de verme en el colmo de la dicha en que él se vió? ¿No es preciso que conoz-

ca lo que es el mundo, cuales sus deleites, cuales sus esperanzas y cual el premio que se prepara á sus secuaces?

Yo, prima mia, estoy convencida de estas verdades, y no quiero hacerme ya sorda á los divinos llamamientos. Los de estas noches han sido muy eficaces y sobrenaturales para ser desatendidos; y así á lo que aspiro es á resarcir de alguna manera tanto tiempo como he perdido dissipada con las bagatelas del mundo; y como al paso que temo el infierno, y quiero entablar una vida cristiana, conozco cuan difícil puede ser esto en mi edad y en medio de las concurrencias del siglo, estoy pensando separarme de él enteramente.

¿Y de qué modo has pensado esa separacion? decia Pudenciana. En eso está mi duda, eso es en lo que yo vacilo, contestó Pomposa. Dos caminos se me ofrecen para retirarme del mando, y en los dos hallo mil dificultades que vencer. El monasterio y el yermo son seguramente dos asilos contra los peligros de una sociedad corrompida como la nuestra; pero se necesita mucha madurez en la eleccion.

Los conventos son sin duda unos plantales de virtud; pero en estos hay muchas

personas enclaustradas, no todas con vocacion, no todas por su gusto, no todas perfectas, y todas humanas, miserables y con pasiones que á cada instante se rebelan. De esto se sigue que son como indispensables algunos chismes, rivalidades, envidias, disgustos y otros defectos que si no impiden el llegar á la perfeccion alguna vez, detiene ciertamente á quien desea llegar pronto á semejante estado. Es muy difícil esclavitar la voluntad al gusto de los superiores, y mas difícil conformar el propio génio con el ageno, hacerse á todos los pareceres sin hipocresia, condescender con diversas opiniones sin delinquir contra la ley, y luchar contra nuestros naturales sentimientos.

Cuando no haya otra cosa en los claustros, yo sé bien que no faltan estos crisoles en que afinar una virtud perfecta, pues donde hay muchas monjas, niñas y mozas ó criadas de servicio, hay sociedad, y donde hay sociedad hay peligro. En conclusion: en los conventos hay su mundo, y en un mundo, cualquiera que sea, hay mil riesgos, que son los que pretendo yo evitar.

Por tanto: estoy por decidirme por el

yermo, y me parece que mi vocacion es de ermitaña.

Pero qué ¿tendrás valor para ser ermitaña? decia Pudenciana.—Y por qué no? contestaba Pomposa. Es cierto que á los principios me espantará la soledad del campo, el triste ruido de los árboles, especialmente por la noche; me será desagradable hasta lo sumo la dureza de las peñas, lo insípido de las yerbas, lo obscuro de los valles, el rugido de los leones y la ninguna compañía de los mortales; sin contar con lo extraño que le será á este ruin cuerpo carecer de todas las comodidades que ha disfrutado, como son del gusto de su paladar, el abrigo y lujo de sus carnes, la molicie de se cama, y la carencia de todos sus acostumbrados pasatiempos.

¿Cuál debe ser, prima mia, el sentimiento que experimentará mi espíritu al separarse para siempre de papá, de mamá, de mis tíos, de tí, de mis amigas, y . . . (no te escandalices,) de mis finos adoradores? ¡Oh! la separacion de estos dulces y estrechísimos objetos de mi amor ha de ser el sacrificio mas costoso que pueda hacer mi voluntad al Ser Supremo; pero ¿qué no

se debe hacer por conseguir el cielo? y así yo desde esta hora ermitaña me llamo, y no otra cosa.

Pero qué ¿tendrás valor para emprender un género de vida semejante?—Y por qué no? ¿Soy yo de otra masa que fué Santa Rosalía? No por cierto: esta ilustre doncella era mas jóven, mas tierna y delicada que tu prima; y tuvo bastante valor para salirse sola de su casa, abandonar el mundo, y retirarse á la cueva de Quisquina; ¿porqué pues, no tendré yo igual intrepidez para imitarla?—Es verdad, decia Pudenciana: pero esa princesa fué una heroína, y no todos tienen una misma firmeza, ni una misma vocacion ni auxilios. Mi papá dice que todos estamos muy expuestos á equivocarnos con nuestras opiniones, y que en las mugeres los fervorosos y repentinos impulsos de devocion no suelen ser sino viarazas, y efectos de una oculta soberbia refinada con la que se creen capaces de hacer lo mas grande y mejor que han hecho los santos inspirados particularmente por Dios; pero que en la realidad muchas acciones de sus siervos son mas para admiradas que para seguidas, y yo creo que la resolucion de Santa Rosa-

lía en salirse de su casa, es una de ellas, y tú no debes imitarla sin una inspiracion particular, y con permiso de tu confesor. ¿Ya se lo has consultado?—Yo no, para qué; si tengo ó no esas inspiraciones, yo lo sé. El confesor tal vez las dudará, y me impedirá poner en ejecucion mis desig-nios, ó porque no los crea justificados, ó porque no tenga el mismo fervor con que yo me siento animada; y así, si me resolviere, yo sabré lo que he de hacer cuando sea tiempo. Pero dime cuántos caballos tiene mi tío en su casa? Dos, y el macho del mozo, respondió Pudenciana; mas porqué haces esa pregunta?—Ya lo sabrás; y entre tanto que Dios dispone lo que ha de ser de mí, te encargo mucho y á V. tambien (me decia á mí) que reserven esto con el secreto conveniente; y tú, hermana, no tengas cuidado de tu prima, que ni será la primera muger que habite en las soledades, ni que se familiarice en ellas con los ángeles.—¡Ay! pues qué, Pomposita, tú tienes esperanzas de familiarizarte con los ángeles?—Y por qué no? si mi virtud se perfecciona, qué embarazo tendrán los espíritus celestiales para bajar á consolarme y confortarme en las aspe-

rezas de mi retiro? ¡O! con que alegría no escucharé, tendida sobre la verde yerba, los himnos y motetes que me cantarán los encendidos serafines, y con cuánto regocijo y humildad. . . .

A este punto llegaba el delirio de Pomposa, cuando una criada entró á avisarnos que era hora de cenar, y los señores nos esperaban en la mesa: con este motivo se deshizo nuestra tertulia, y fuimos todos al comedor.

Durante la cena, movió el coronel la conversacion sobre los espantos anteriores. Todos los de la casa los afirmaron, asegurando que habian sido sobrenaturales, y segun como los pintó la pobre beata. El bueno de D. Dionisio, aunque decia no haber visto nada, con todo esto, no tenia valor para negar lo que afirmaban su muger y su hija.

Así que se desahogaron á su gusto y contaron las patrañas que tenian en la cabeza, el coronel con mucha flema les dijo: Ya ven ustedes todo esto, pues no hay nada. Todo no ha de pasar de alguna causa natural, que no se ha podido averiguar, ó acaso serán efectos de la acalorada fantasía de mi sobrina. Tio, V. me

dispense, dijo Pomposa; pero yo puedo jurar que ví al diablo con estos mismos ojos con que veo á cuantos estan aquí.— Yo no lo dudo, hija; mas tú sabes cuanto nos engañan los sentidos. Con esos mismos ojos vez los montes azules, una vara derecha, torcida en el agua, el sol del tamaño de una tortera ó comal grande, y las estrellas como unos pequeños diamantes; y sin embaigo de que asi ves todo esto, nada es como lo ves, sino enteramente distintos. Con que nada seguro es el testimonio de tus ojos, si es el único que tienes que alegrar para que yo te crea.

Hija mia, y V. hermana: no se engañen ni fomenten ese espíritu espantadizo y asombradizo. Nuestros sentidos nos fingen los objetos distintos de lo que son en sí muchas veces, y nuestra fantasía nos alucina sin sentir. Esta mas que los moldes, ha impreso ¡cuántas veces! milagros falsos y revelaciones apócrifas, de los cuales muchos estan condenados por la Santa Iglesia, y otras todavía dudosas sin merecer su aprobacion canónica. Las revelaciones de la madre Agreda son unas de ellas.

Nuestra alma, encarcelada en la materia, padece como el cuerpo sus dolencias, y tal vez son sus enfermedades inconcebibles é incurables como las de este. ¿Quién creerá que un general valiente, que no temia un gran número de enemigos patrocinados de la formidable artillería, temblase á la presencia de un raton? ¿Quién se persuadirá á que el célebre Taro. hombre instruido, ingenioso y uno de los talentos que honró la Italia, creyese que se le aparecía un espíritu sabio que lo ilustraba? ¿A quién le cabrá en el juicio que el gran Pascal se persuadiese muchas ocasiones que á su lado estaba un precipicio, y con tal vehemencia, que aseguraba la silla, y hacia poner tablones y otras cosas para no caer? Volvia en sí cuando sus amigos curaban con sus reflexiones su delirio; pero dejándolo, á poco volvia con el mismo. Nadie creería estas extravagancias de estos sabios, si no las refirieran autores tan calificados de veraces entre los literatos, como son Blanchard y Muratori. Pues si unos hombres ilustrados, eruditos, estudiosos se dejaron preocupar de su imaginacion tan fuertemente, que llegaron á ridiculi-

zarse algunas veces, qué mucho será que ustedes se engañen, ó las engañe su misma fantasía.

Estos señores se engañarian, decia Eufrosina, pero mi hija no se engañó: en la segunda noche me parece que le ví los cuernos al enemigo.—No se preocupe V., hermana, contestaba mi tutor, ni V. ni ella le han visto cuernos, ni cola, ni nada. Todo eso es histérico, hipocondría ó delirios, y no otra cosa.

D. Dionisio siempre hacia el papel de miron en estas escenas: no hablaba una palabra, fuérase por su poca intruccion, ó por su mucha prudencia para no contradecir á su muger; pero esta vez no pudo disimular: habló y dijo: Ello es, hermano, que algo podrá ser de lo que V. dice; pero esta ocasion creo que no, y me fundo en que las dos aseguran una misma cosa, y no es posible que la madre y la hija se histericaran ni deliraran á un mismo tiempo. Pues señor D. Dionisio, dijo el coronel, si ese estodo el fundamento que V. tiene, haga cuenta que nada vale, porque no hay una razon que la sostenga. No solo es posible sino muy natural que una señora pusilánime y preocupada

como mi hermana, se intimidara y se persuadiera á que ve á los expectros que aseguraba ver mi sobrina. Esta se espantó, gritó y conmovió el espíritu asombradizo de su madre, la que predipuesta á creer que los diablos muertos nos visitan cuando se les antoja, no dudó de la verdad de Pomposita, ni se detuvo á examinar la causa de su espanto, sino que llena del mismo susto, solo trató de socorrerla, y tal vez en su fantasía se pintó algo de lo que dice.

No me hace fuerza que haya tanta credulidad acerca de estos espantajos. Las malditas viejas con sus cuentos y patrañas acorbardan á los niños, llenan sus cabezas de imágenes funestas y sombrías, y los acostumbran, aun cuando tratan de divertirlos, á creer todo lo maravilloso á lo divino y á lo humano, esto es, contádoles cuentos y ejemplos falsos. ¡Qué mucho es que estos niños cuando grandes crean con la mayor firmeza todas las boberías que aprendió su fantasía desde tiernos? Mucho cuidado tuve en apartar de Pudenciana estas viejas cuentistas y dañosas. Qué sé yo si me habrá valido.

No hay peor desgracia que llegar á vie-

ja, señor D. Rodrigo, dijo tia María muy enojada, mire V. que tema tiene con las viejas.... Yo no lo digo por V. señora.... No, ni lo diria V., porque yo aunque soy vieja, ni soy embustera ni soy tonta. Sé muy bien donde me aprieta el zapato, y cuando cuento alguna cosa de espantos, ó los he leído, ó los he visto, ó me los han contado personas muy justas y fidedignas; pero V. nada crée: yo no he visto hombre mas incrédulo; con razon dudo yo si será cristiano de veras.

Sí por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, respondió riéndose el coronel: soy cristiano, pero no muy bobo para creer cualquiera cosa. Estoy reñido con mil preocupaciones que corren bien recibidas en el vulgo, y los espantos son unas de ellas.— ¡Pues qué no hay espantos, en resumidas cuentas?—Sí los hay, y muchos. El espanto no es sino una perturbacion del ánimo que induce al temor mas ó ménos violento, y no hay ni un solo hombre que no se espante alguna vez, por valiente y despreocupado que sea. La diferencia es que el hombre de esta clase refrena su temor, y hace lugar á la reflexion sobre la causa que lo espanta

en el mismo acto del susto; de lo que se sigue el desengaño, su serenidad, y la mayor dificultad que tiene para espantarse otra ocasion con el mismo objeto, y en iguales circunstancias.

No así el preocupado cobarde: este se espanta cada rato, porque sin examinar la cosa que lo asusta, suelta la rienda á la pasion del temor, y entónces ó huye despavorido, ó se rinde á un desmayo, ó tal vez á la muerte, si su corazon es muy chico, y la apariencia del espanto muy grande.

En todos estos casos se le cierra la puerta al desengaño, el espantado queda tenazmente persuadido á que fué realidad lo que vió, y de aquí resulta que se vuelve incurable y mas espantadizo cada dia. Vean ustedes lo importante que es en los principios hacernos fuerza para examinar la causa que nos espanta.

Ese es el cuento, decia la beata, que nos pudiéramos detener en el instante que nos asustamos. ¿Quién habia de tener esa paciencia? Entónces era señal de que uno no se asustaba. Pues, señora, el que se enseña á tener esa paciencia, aprende á no asustarse, porque llega á saber por ex-

periencia propia que casi todos los espantos son efectos de nuestra imaginacion dirigida por la ignorancia— ¡Ah! ¿conque solo los tontos se espantan?—A lo ménos, son los mas expuestos á espantarse, y las mas veces con frioleras.

En dos palabras, hermano, decia Doña Eufrosina, V. lo que quiere es hacernos creer que apénas hay milagros, y que los muertos y el demonio jamas se aparecen á los hombres. ¿No es esto?—No tanto, hermana; pero muy cerca está V. de adivinarme. Dios es poderoso para hacer muchos milagros; los ha hecho, hace y hará hasta el fin del mundo; pero no sin necesidad, á nuestro antojo, ni siempre que los apetecemos. El demonio y los cuerpos de los difuntos se han representado á la vista de hombres; pero muy raras veces; y fuera de las que nos aseguran las sagradas letras, que son bien pocas, y de las que la Iglesia califica por ciertas, que no son muchas, las demas las tengo por patrañas y cuentos de viejas....

Y dale con las viejas, señor coronel, decia la beata, ¿qué les habrá V. visto á las viejas? Pues lo cierto es que V. ya no

es muchacho, y tan burros hay entre las viejas como entre los viejos.—Esto está en opiniones, mi señora; mas esto no es del caso. Yo voy á ver si consigo vencer á ustedes en favor de mi opinion, para que no sean tan espantadizas. Diga V. *el que crée fácilmente la multitud de espantos que se cuentan y se leen, no puede ménos que ser un sacrilego; porque se forma un concepto muy injurioso á la Deidad Suprema, ó cuando no la culpemos tan severamente, es menester asegurar que es un tonto de primera clase. . . .* Vaya, no hay que arrugar las cejas. Atienda V.

Si tuviera V. un hijo pequeñito, ¿se pondria de propósito á espantarlo sabiendo que le habia de resultar de esto un gran mal?—Seguramente no.—Ménos permitiera V. que los criados de su casa lo espantaran.—Ya se vé que no: ¿cómo se los habia de permitir?—¿Y se persuade V. á que habrá algun padre que así lo ga?—Es cosa que no puedo creer, porque semejante crueldad es agena del amor de padre.—Pues ahora bien: yo pienso que V. hermana, vive entendida en que Dios nos ama infinitamente mas que el padre mas tierno á sus hijos.—Así lo debo creer

precisamente, y lo creo en efecto.—Pues ahora se halla V. en el estrecho de confesar que el que crée esa multitud de espantos de demonios, y apariciones de muertos que se cuentan entre el vulgo, ó es un necio que da entrada libre en su cabeza á estas farándulas, sin hacer el uso mas mínimo de su razon, ó es un impío que juzga á Dios capaz de cometer con sus criaturas la crueldad que no cometeria un mortal miserable con sus hijos. Qué dice V.—Cierto que no sé qué responder; pero yo nunca he pensado de Dios de esa manera, ni he tenido lugar, cuando me han espantado, para hacer esas reflexiones.—Así lo creo, y en no hacerlas consiste la facilidad de espantarse y creer prodigios sobrenaturales á cada paso, á pesar de las verdades que sabemos de rutina. V. sabe que Dios la ama infinitamente; pero cuando se asusta, no se acuerda para nada de este amor, ni hace justicia á su inmensa bondad y misericordia.

Sabe V. tambien que el Ser supremo no hace milagros sin necesidad; pero ignora que para que el demonio ó un muerto se aparezcan, es necesario que haga Dios dos milagros cuando ménos: uno el

de formar la apariencia de cuerpo sin materia, y el otro que resista este objeto terrible un espíritu tímido como el nuestro sin desamparar el cuerpo. Con esta ignorancia no es mucho que V. se preste á creer con la mayor facilidad todo lo que le cuenten acerca de esto, ni que acostumbrada á semejante modo de juzgar, se asuste y se sorprenda con cualquier ruido, con cualquiera sombra extraña.—

Pero, hermano, yo mil veces he leído y oído decir que los difuntos se han aparecido. especialmente á las almas buenas, para pedirles que hagan sufragios por ellos, y ya V. ve que estas apariciones han sido con necesidad, y se deben tener por verdaderas.—

Ya dije, hermana, de todos esos casos yo creeré los que la santa Iglesia haya aprobado por seguros, que son muy raros; los demás téngolos por ilusiones de gentes melancólicas, pues no hallo un adarme de necesidad para que un muerto se aparezca á los vivos para pedir que manden decir una misa por su alma; que restituyan lo que él usurpó, que saquen dinero enterrado, ni que hagan otros encarguitos de esta clase.

Ademas de esto, ¿no ha detenido V. alguna vez la consideracion para advertir que todos los espantos de que hablamos se cuentan acaecidos en lugares lóbregos, sombríos, oscuros, de noche, á determinadas horas, cuando no tiene compañía el espantado, y casi siempre sin mas fruto que el terror que deja el ánimo? Pues todas estas ridículas circunstancias no prueban otra cosa sino que todos los espantos son efecto de la cobardía é ignorancia de las gentes crédulas y espantadizas.

¿Acaso el Señor de los ejércitos respetará ó temerá a los miserables mortales para no presentar á su vista los objetos con que los asusta, cuando se hallan acompañados? ¿Le infundirá algún miramiento la presencia del sol ó de la luz, ó serán bastantes para detener sus designios las horas iluminadas por el dia? Fuera un absurdo el pensar tan dependiente y limitado á todo un Dios. Pues semejante reflexion seria muy suficiente para calmar el terror en los espíritus demasiado febles.

En efecto, si Dios quisiera que viésemos al demonio ó á un muerto, como dicen, fuérase para nuestra correccion, para nues-

tro castigo, ó para alguno de sus inescrutables designios; ¿no lo veriamos en la mitad del dia, y aunque estuviésemos rodeados de un ejército? Seguramente: porque ¿quién se opondrá á la voluntad del Todopoderoso?

Muy acompañado estaba el sacrilego rey Baltasar, brindando en un suntuoso banquete en los vasos sagrados que su padre Nabucodonosor habia robado del templo de Jerusalem, rodeado de sus mugeres y concubinas y de mil convidados, cuando apareció una espantosa mano que escribió en la pared estas terribles palabras: *Mane, Thesel, Phares.*—

¡Qué horror! ¿Y qué hizo el rey al ver la formidable mano?—Qué habia de hacer, se asustó de manera que se le inmutó el semblante; las rodillas le temblaban y se tocaban una contra otra. Su pavor se aumentó cuando el jóven Daniel le descifró las tales palabras, diciéndole que en pena de sus idolatrías y sacrilegios, moriria, y su reino seria entregado en poder de sus enemigos. Todo se cumplió segun la exposicion del Profeta: Baltasar murió esa misma noche, y los persas y medos se apesesionaron de su reino.

¿Ya ven ustedes que caso tan terrible? pues Dios, para cumplir su voluntad entónces, no tuvo que esperar que estuviera el rey solo, ni en un lugar obscuro ni sombrío, ni que diera el reloj las doce de la noche. Al instante que quiso, se cumplió su decreto soberano como se cumplirá eternamente. Conque debemos hacernos cargo de todas estas razones para no ser tan fáciles de creer la multitud de espantos que nos cuentan; y cuando ustedes gusten vamos á recogerlos, porque ya las muchachas estan durmiéndose.

Se levantaron todos de la mesa, y el coronel con su familia se retiró á la recámara donde habian asustado á Pomposa; pero ántes previno que todas las cosas se pusieran en su lugar y como siempre se habian puesto, que él habia ido con deseos positivos de ver al diablo, que estuviesen todos dispuestos para levantarse cuando los llamara, porque no excusaria esta diligencia si el pobre diablo tenia la bondad de visitarlo aquella noche, y satisfacer su curiosidad como deseaba. Con esto se fueron las dos familias á sus respectivas recámaras.

D. Dionisio se estuvo despierto plati-